

La persistencia del pasado

FLORESTÁN FERNÁNDES

0. INTRODUCCIÓN

En la situación de contacto racial imperante en el Brasil, se evidencian muchos problemas sociológicos, de gran significado humano y científico. Brasil vive, simultáneamente, varias "edades histórico-sociales". De acuerdo con la región del país que sea considerada y el grado de desarrollo de las comunidades de la misma región, podemos enfocar escenas que recuerdan los contactos de los *colonizadores* y conquistadores con los indígenas, o registrar cuadros que retratan el surgimiento tumultuoso de la "civilización industrial", con sus figuras típicas, nacionales o adventicias. Presente, pasado y futuro se mezclan y confunden de tal manera, que se puede pasar de una etapa histórica a otra en la forma más sencilla, por el desplazamiento en el espacio.

A cada estadio histórico corresponde una situación humana, y el observador ingenuo piensa estar en un mundo culturalmente homogéneo. De hecho, ciertos polarizadores impregnan las situaciones más distintas de un substrato psico-social y socio-cultural común. Pero, en realidad, cada situación humana se organiza, estructural y dinámicamente, como un mundo material y moral con su propia forma. Las diversas situaciones humanas ponen en claro, en el conjunto, los diferentes patrones de integración socio-cultural de la sociedad brasileña a lo largo de su formación y de su evolución en el tiempo y en el espacio. Pero, cada una de ellas sólo puede ser comprendida y explicada a través de su patrón de integración

* Trabajo presentado en la "Conference on Race and Color" (Copenhague, del 6 al 11 de septiembre de 1965), patrocinada por "The American Academy of Arts and Sciences, la revista *Dacdalus* y "The Congress for Cultural Freedom".

socio-cultural, y por el modo de vincularse con las tendencias actuantes de modernización de aquella sociedad.

Proyectadas contra el trasfondo, las relaciones étnicas o raciales y el significado del color en la vida humana se presentan bajo diversas facetas. Elegimos, para este trabajo, el ejemplo que nos parece más indicado para una caracterización resumida del que se podría entender como *dilema racial brasileño*. Se trata de la situación del negro y del mulato en la ciudad de São Paulo. Esta ciudad no se particulariza por la alta proporción de negros, o de mestizos de negros y blancos, en la población global. Al contrario, se cuenta entre las comunidades urbanas brasileñas en las que esa proporción es relativamente baja. Es significativa por otros motivos. De un lado, porque se incluye en la última región del Brasil en la que la esclavitud desempeñó funciones constructivas (sirviendo como palanca y punto de partida de un largo ciclo de prosperidad económica), y que empezó con la producción y la exportación del café. Por otro lado, porque fue la primera ciudad brasileña que colocó al negro y al mulato en las contingencias típicas e inexorables de una economía competitiva en expansión. En consecuencia, permite analizar, con objetividad y en condiciones casi ideales, cómo y por qué el viejo orden racial no desapareció con la abolición de la esclavitud y el término legal del régimen de castas, prolongándose en el presente y ramificándose por las estructuras sociales creadas gracias a la universalización del trabajo libre.

I. DESIGUALDAD RACIAL Y ESTRATIFICACIÓN SOCIAL

El dilema racial brasileño, en la forma en que se manifiesta en la ciudad de São Paulo, extiende sus raíces a fenómenos de estratificación social. Considerando la estructura social de la comunidad como un todo, se puede afirmar que desde el último cuarto del siglo XIX hasta la fecha, las grandes transformaciones históricó-sociales no produjeron los mismos beneficios para todos los sectores de la población. De hecho, el conjunto de transformaciones que dio origen a la “revolución burguesa”, fomentando la universalización, la consolidación y la expansión del orden social competitivo, apenas benefició, colectivamente, a los sectores no blancos de la población. Todo pasó, históricamente, como si existieran dos mundos contiguos, pero estancados y con destinos opuestos. El mundo de los blancos fue alterado profundamente por el avance económico y por el desarrollo social, ligados a la producción y a la exportación del café, en el inicio, y a la urbanización acelerada y a la industrializa-

ción, en seguida. El *mundo de los negros* se quedó, prácticamente, al margen de esos procesos socio-económicos, como si estuviera dentro de los muros de la ciudad, pero no participará colectivamente de su vida económica, social y política. Por tanto, la desintegración y la extinción del régimen de servidumbre no significó, de inmediato y a corto plazo, modificación de las posiciones relativas de los grupos raciales existentes en la estructura social de la comunidad. El sistema de castas fue abolido legalmente. En la práctica, sin embargo, la población negra y mulata continuó reducida a una condición social análoga a la preexistente. En vez de ser proyectada, en conjunto, en las clases sociales en formación y en diferenciación, fue incorporada a la plebe, como si debiera convertirse en una capa social dependiente y tuviera que compartir una “situación de casta” disfrazada. De ahí resulta que la desigualdad racial se mantuvo inalterable, en los términos del orden racial inherente a la organización social desaparecida legalmente. El patrón asimétrico de relación racial tradicionalista (que confería al “blanco” supremacía casi total y compelia al “negro” a la obediencia y a la sumisión), encontró condiciones materiales y morales para preservarse en conjunto.

Los factores principales de ese proceso de demora socio-cultural son ya bien conocidos. En una visión retrospectiva y sintética, los aludidos factores pueden ser agrupados en cuatro constelaciones histórico-sociales sucesivas (pero interdependientes): 1ª) las tendencias asumidas por la transformación global de la comunidad; 2ª) el carácter sociopático de las motivaciones que orientaron el ajuste del “negro” a la vida en la ciudad, y a la naturaleza anómica de las formas de asociación que pudieron desarrollar; 3ª) la inocuidad de la reacción directa del negro y del mulato contra “la marginalidad de la gente negra”; 4ª) el surgimiento tardío y débil de correcciones propiamente estructurales del patrón heredado de desigualdad racial.

En la primera constelación, debemos considerar tres grupos de factores histórico-sociales. *Primero*, la ciudad de São Paulo no representa el patrón tradicional de desarrollo geográfico y socio-económico de otras ciudades brasileñas, que se expandieron bajo la égida de la explotación del trabajo esclavo. La inclusión de São Paulo en la órbita de la economía colonial brasileña (con base en la exportación de productos tropicales), ocurrió tardíamente. Sólo con la producción del café en el “Oeste Paulista”, y gracias a la intensificación progresiva de la exportación de ese producto, ganó la ciudad condiciones para dejar de ser un burgo rústico y contar

con fuentes regulares de prosperidad económica. Sólo a partir del último cuarto del siglo XIX sufre modificaciones que la convierten propiamente en ciudad, al estilo de otros conjuntos urbanos de la época. Ese factor tiene gran importancia. Los centros urbanos provocaban ciertas necesidades especiales que ampliaban la división del trabajo social. Surgían ocupaciones y servicios que aumentaban el área de actividad constructiva del esclavo, y otras actividades, que no podían ser ejercidas ni por el esclavo ni por el hombre libre. El liberto disfrutaba, en esa forma, de algunas oportunidades económicas que le permitían integrarse en la estructura ocupacional de las ciudades, lo que forzaba a los blancos a tener interés por su adiestramiento y aprovechamiento en tal área. Se puede verificar cómo ese mecanismo se manifestó en ciudades como Salvador, Recife y Río de Janeiro, en las cuales la población negra, y principalmente la mestiza, lograban adquirir un lugar relativamente ventajoso en la organización ecológica y económica de aquellas comunidades. La inclusión tardía de la ciudad de São Paulo en el núcleo de la economía colonial brasileña, representó una desventaja para la población negra y mestiza, en esa ciudad, tanto esclava como liberta. Ello se debió a que el inicio de la expansión económica coincidió con la concentración creciente de inmigrantes de origen europeo y con la crisis del propio régimen de servidumbre. Pocos negros y mulatos pudieron aprovechar las oportunidades con que habrían contado en otras circunstancias, y que les habrían permitido convertirse en artesanos, pequeños comerciantes, etc. Al hacer eclosión la abolición de la esclavitud, estaban distribuidos en ocupaciones menos deseables y compensadoras, pues las mejores oportunidades habían sido monopolizadas y absorbidas por los inmigrantes. *Segundo*, el movimiento abolicionista y todo el proceso de desintegración del régimen de la servidumbre tomaron, como fatalmente tenía que suceder, el carácter de una insurrección de los propios blancos contra el orden esclavista y señorial. Este orden social dificultaba el desarrollo socio-económico de las regiones prósperas del país e impedía la expansión del capitalismo. Aunque el abolicionismo adquiriera el tono de un movimiento humanitario, su resorte revolucionario residía en los intereses y valores sociales perjudicados a causa de la vigencia de la esclavitud. Por otro lado, los negros y los mulatos se sumaban a esa insurrección como “objeto” y “masa de maniobra”. No pudieron hacer valer en ella sus anhelos o necesidades más directas y, con pocas excepciones, se quedaron relegados a papeles secundarios. Así, lo que se podría llamar una “conciencia abolicionista” era, más bien, un patrimonio de los blan-

cos, que jefaturaban, organizaban y al mismo tiempo contenían la insurrección dentro de los límites que convenía a la “raza” dominante. Ese cuadro general produjo dos efectos negativos o limitativos: Primero, por lo que se refiere a los blancos, favoreció un proceso paradójico. En la fase aguda de las transformaciones, el liderazgo del proceso pasó a manos de los círculos más conservadores, empeñados en atender a los intereses sociales, económicos y políticos de los grandes hacendados. Aunque se negasen a conceder a éstos cualquier indemnización por las pérdidas financieras, resultantes de la abolición de la esclavitud, ignoraban por completo la necesidad de poner en práctica medidas que asegurasen un mínimo de protección al esclavo o al liberto y concentraban todo esfuerzo constructivo en una política que caracterizara la rápida sustitución de la mano de obra esclava. Por esa razón, al final del Imperio y en el inicio de la República, el principal punto de la política gubernativa derivaba del fomento de la inmigración por todos los medios posibles. Segundo, en cuanto al negro, con la abolición de la esclavitud, perdió los lazos humanitarios que lo prendían al blanco radical o inconformista y dejó de formar una conciencia social propia de la situación. Como fue más un tutelado que un agente del proceso revolucionario, no tenía una visión objetiva y autónoma de sus intereses y posibilidades. Convirtió la libertad en un fin en sí y para sí, sufriendo con la destitución, una auténtica espoliación, la última de aquellas por las cuales la esclavitud aún sería responsable. La “explosión de alegría” iría subseguida de un “trago amargo”; pero, la dignidad del “hombre libre” parecía valer más que cualquiera otra cosa y, de inmediato, el “negro” se dedicó intensamente, con afán, a usufructuar un don cuya carencia en el pasado, lo excluyó de la condición humana. Tercero, la “revolución burguesa” prácticamente suprimió al “negro” de la escena histórica. Se desarrolló en torno de dos figuras: el hacendado del café, que vio que su papel tanto social como económico se beneficiaba gracias al crecimiento económico provocado por los “negocios del café” y a la expansión urbana; y el inmigrante, que se apropiaba continuamente de todas las nuevas oportunidades, al mismo tiempo que se eliminaba al “negro” de las pocas posiciones compensadoras que pudiese tener en la artesanía y en algunos ramos del pequeño comercio. Por eso, el “negro” no sólo quedó al margen de esa revolución: fue seleccionado negativamente y se vio obligado a contentarse con aquello que, de ahí en adelante, sería conocido como “servicio de negro”: trabajos inciertos o duros, tan penosos como mal remunerados. En consecuencia, hallose en una extraña situación.

Mientras que la prosperidad beneficiaba a todas las demás capas de la población, el "negro" tenía apuros hasta para mantener o conquistar las fuentes estables de ganancias más humildes y relegadas.

Respecto a la segunda constelación, debemos considerar cinco grupos de factores significativos. *Primero*, que el "negro" no fue adiestrado previamente, como *esclavo* o *liberto*, para el papel socio-económico del trabajador libre. Por eso, no poseía ni el entrenamiento técnico, ni la mentalidad, ni la autodisciplina de un asalariado. Al verse y sentirse *libre*, quería ser tratado literalmente como *HOMBRE*, o sea, "como alguien que es dueño de su nariz" Tales circunstancias redundaron en desventajas fatales para el negro y el mulato. Por un lado, los empresarios blancos se irritaron con la actitud y el comportamiento de los ex esclavos. Estos usaron abusivamente de su libertad. Suponían que, si eran "libres", podían trabajar cómo, cuándo y dónde prefiriesen. Tendían a rechazar los encargos de trabajo cuando disponían de recursos suficientes para mantenerse en ociosidad temporal; y, en particular, se mostraban muy despreocupados ante las amonestaciones, advertencias o reprimendas. Alegando que "eran libres" o que "el tiempo de la esclavitud ya había terminado", pretendían una autonomía que se oponía, fundamentalmente, al régimen de trabajo asalariado. Estas dificultades serían, naturalmente, transitorias. Mas como había relativa abundancia de mano de obra, en virtud del volumen aportado por la inmigración, los empresarios se comportaron en forma intolerante, demostrando notable incompreensión ante el negro y el mulato. Les parecía que éstos evidenciaban "falta de responsabilidad" y que los negros serían "rebeldes" o "intratables", fuera del "yugo de la esclavitud" Por otra parte, el propio negro colocaba su libertad por encima de todo, como si ésta fuese de un valor intocable y absoluto. Por falta de socialización previa, no sabía valorar correctamente la naturaleza y los límites de las obligaciones derivadas de un contrato de trabajo. Este era visto como si en él se perpetuase la esclavitud por otros medios o como si, al vender su fuerza de trabajo, el trabajador vendiese, simultáneamente, su persona. De ahí resultó un desajuste verdaderamente estructural, agravado por el hecho de que sus oportunidades de trabajo eran las peores, y por existir dos niveles de retribución, con lo cual se disminuía el salario del trabajador negro. *Segundo*, la abundancia de mano de obra mejor calificada, como producto de la inmigración intensiva, contribuyó a modificar rápidamente la mentalidad de los empresarios y sus tendencias, ocurriendo lo mismo respecto a la selección de los trabajadores agrícolas. Antes, el negro era considerado como el único agente de trabajo

posible, por lo menos en relación con los servicios degradados por la esclavitud. Había, por eso, una tolerancia relativa ante sus deficiencias, y una preocupación real por corregirlas como fuese posible. Al evidenciarse que podía ser substituido, incluso con alguna facilidad, en las regiones prósperas, y que su substituto era “más inteligente”, “más eficiente” y “más trabajador” (o “industrioso”), aquella buena disposición desapareció. Por lo tanto, de un momento a otro, el negro se vio condenado como agente de trabajo, pasando de la categoría de agente privilegiado, a la de agente relegado, en un momento en que él mismo elevaba sus exigencias morales y se volvía intransigente. De una manera casi automática, fue confinado a la periferia del sistema de producción, a las ocupaciones indeseables, mal retribuidas y socialmente degradadas. *Tercero*, la esclavitud despojó al negro de casi toda su herencia cultural y lo socializó tan sólo para desempeñar papeles sociales confinados, en los cuales se realizaba el desarrollo de la personalidad del esclavo y del liberto. Como consecuencia, la Abolición lo proyectó a la esfera de los “hombres libres” sin que dispusiese de recursos psicosociales e institucionales para ajustarse a su nueva posición dentro de la sociedad. No conocía ni podía poner en práctica ninguna de las formas sociales de vida organizada de que disfrutaban los blancos normalmente (inclusive la familia y los tipos de cooperación o de solidaridad que la sociedad condiciona). Para usufructuar los derechos de *Hombre Libre*, necesitaba despojarse de su segunda naturaleza, constituida tanto como esclavo cuanto como liberto, y absorber las técnicas sociales que formaban parte del “mundo de los blancos”. Establecido en la ciudad de São Paulo, donde la rápida urbanización y el acelerado crecimiento industrial provocaban una intensa expansión de orden social competitivo, esa laguna de origen específicamente socio-cultural iba a convertirse en una barrera infranqueable. La incapacidad de competir eficazmente (o de cualquier modo) con las referidas técnicas sociales, impidió su ambientación a las condiciones de vida imperantes en la ciudad, colocándole al margen de la historia, como si le fuesen vedadas las crecientes oportunidades que eran aprovechadas ventajosamente por los inmigrantes y por el trabajador blanco de extracción nacional. *Cuarto*, a partir de la Abolición, la población negra se convirtió en una población nómada. Muchos componentes de esa población, más o menos ajustados a la vida de la ciudad, se trasladaron al interior del Estado de São Paulo o a otras regiones del país (principalmente al nordeste y al norte, que era de donde procedían). Al mismo tiempo, cantidades sucesivas de negros y mulatos se aglomeraban como podían en los

suburbios y aun en el centro de la capital. En conjunto, las pérdidas fueron ampliamente compensadas por las ganancias, pero con una gran concentración de campesinos en un ambiente que exigía ciertas cualidades intelectuales y morales, requeridas por el trabajo asalariado y por la competencia económica. De por sí desambientada, esta población tendía a vivir de trabajos con salarios muy bajos y apiñada en alojamientos insuficientes para sus moradores. El único elemento de esa población que contaba con un empleo remunerado más o menos seguro era la mujer, la cual podía dedicarse a los servicios domésticos. De ahí que la mujer se convirtiera, rápidamente, en el eje de la familia, ya que ella era la que proporcionaba el sustento parcial o total de la casa, la ropa y la comida del marido o del amasio, y hasta el dinero con el que éstos se enfrentaban a sus pequeños gastos. El ocio del hombre, que en su origen era un producto de las contingencias y una protesta digna, se transformó rápidamente, en proporciones considerables, en una forma subrepticia y sociopática de explotación de un ser humano por otro. Además, tres cuartas partes de la población negra y mestiza de la ciudad se sumergieron en una dolorosa era de miseria colectiva, de degradación moral y de vida social desorganizada. El abandono de los menores, de los enfermos o de los viejos, las “madres solteras”, el alcoholismo, el bandidaje, la prostitución, la criminalidad ocasional o sistemática, brotaron como condiciones normales de un drama humano sin precedentes en la historia social del Brasil. En esas condiciones, el negro no tenía elementos para hacerse ilusiones sobre el presente o el futuro. En cambio, acumulaba puntos negativos ya que el blanco percibía y explicaba etnocéntricamente los aspectos de esa situación a medida que la iba conociendo a través de escenas deprimentes o de las informaciones periodísticas, imputando al propio negro la “culpa” de lo que ocurría (como si el negro “no tuviese ambiciones”, “no le gustase trabajar”, fuese “alcohólico inveterado”, tuviese “propensión para el crimen o la prostitución”, y “no fuese capaz de guiar su vida sin la dirección o el yugo del blanco”). Con todo, el drama en sí mismo no conmovió a los blancos ni fue sometido a control social directo o indirecto; sólo sirvió para degradar más a su víctima con el consentimiento general. *Quinto*, el negro y el mulato no disponían de técnicas sociales que les facilitasen el control eficiente de sus problemas ni la superación rápida de esa fase de vida social desorganizada. Por su parte, los demás grupos de la comunidad no tenían ninguna especie de piedad o de solidaridad ante el drama material y moral del negro, mientras que la propia comunidad, como un todo, nada podía hacer, ya que no

disponía de una red de servicios sociales suficientemente complejos para resolver problemas humanos tan graves. La miseria se combinó con los problemas sociales, formando una cadena de hierro que apresaba al negro, colectivamente, sujetándole a un destino inexorable. A la degradación material correspondía la desmoralización moral: el negro se entregaba a ese destino, con profunda frustración e insuperable apatía. Posteriormente se difundió e implantó un estado de espíritu derrotista, según el cual “el negro nació para sufrir”, “la vida del negro debe ser así”, “no puede hacerse nada”, etc. El único punto en que el negro no cedía, era en su obstinada permanencia en las ciudades. Como si fuese un paria de la era moderna, aceptaba en forma pasiva y conformista el peso de la desgracia y los días inciertos que el futuro le deparaba.

En la tercera constelación, debemos considerar las causas y los efectos de los movimientos sociales, que surgieron en el medio negro de São Paulo. Ningún miembro del género humano podría soportar, de modo totalmente pasivo, una situación como la que enfrentó la población negra y mulata en aquella ciudad. Pronto se fueron esbozando y fortaleciendo algunas tímidas tentativas de críticas y de autodefensa. Entre 1925 y 1930, esas tentativas tomaron cuerpo y produjeron sus primeros frutos maduros, expresados en una prensa negra, empeñada en difundir formas de autoconciencia de la situación racial brasileña y del “abandono del negro”, y también en organizaciones dispuestas a llevar la “protesta de la gente negra” al terreno práctico. Por primera vez en la historia social de la ciudad, negros y mulatos se unían para defender los intereses económicos, sociales y culturales de la “raza”, buscando formas de solidaridad y de actuación social organizada que redundasen en beneficio de la reeducación del negro, en la elevación progresiva de su participación en los niveles de ingreso, en la forma de vida y en las actividades políticas de la colectividad y, por consiguiente, en su capacidad para convertirse en *ciudadanos*, según los modelos impuestos por la sociedad global. Sin embargo, los movimientos sociales sólo consiguieron atraer pequeñas cantidades de población negra y mulata de la capital. Malgrado su alcance constructivo, el conformismo, la apatía y la dependencia en relación a los blancos, bloquearon ese camino de afirmación autónoma. A pesar de reunir grupos numerosos de militantes, que incluso causaban alarma entre los blancos, los movimientos no sirvieron más que para crear un marco histórico y para definir las actitudes y el comportamiento de negros y mulatos. Al desenmascarar la ideología racial dominante, elaboraron una contraideología racial que au-

mentó el área de percepción y de conciencia de la realidad racial brasileña por parte del negro. Por otra parte, al acentuarse ciertas tendencias igualitarias fundamentales, se llevó al negro a empuñar la bandera de la democracia racial, al exigir para sí condiciones equitativas de participación en el nivel de ingreso, en el sistema de vida y en las prerrogativas sociales de otras capas de la población. Como las reivindicaciones se sucedían en forma pacífica, no generaron disposiciones de segregación racial y no alimentaron tensiones o conflictos de carácter racial. En ese sentido, éstas fueron socialmente constructivas, ya que difundieron una nueva imagen del negro, calibrando su manera de resolver los problemas e intentando absorber las técnicas sociales, o bien a aprovechar las oportunidades económicas de que disfrutaban los blancos. Respondieron literalmente a las exigencias de orden social competitivo, afirmándose como el único proceso por medio del cual la población negra de la capital intentó ajustarse, colectivamente, a las exigencias histórico-sociales del presente. No obstante, tales movimientos, así como los objetivos que los animaban, no repercutieron positivamente entre los blancos. Éstos se mantuvieron indiferentes ante aquéllos, erigiendo un muro de indiferencia y de incompreensión, que anuló su eficacia práctica, impidiendo que contribuyesen, de hecho, a ajustar el sistema de relaciones raciales en el orden social competitivo. Además, los círculos más influyentes, imbuidos de actitudes tradicionalistas, interpretaron los movimientos sociales surgidos en el medio negro como un “peligro” y como una “amenaza” (como si ellos introdujesen el *problema racial* en el país). Algunos defendían el punto de vista de que, si “los negros hiciesen su voluntad”, después “nadie conseguiría contener a esa gente” Con la implantación del Estado Nuevo, los movimientos fueron proscritos legalmente, siendo clausurado el Frente Negro Brasileño, la principal organización surgida en ese periodo. Con la extinción del Estado Nuevo, se esbozaron, entre 1945 y 1948, algunas tentativas de reorganización de tales movimientos. Sin embargo, todas ellas fracasaron rotundamente, ya que los negros y mulatos que ascendieron socialmente comenzaron a dar preferencia a una estrategia estrechamente egoísta e individualista de “solución del problema del negro”. En el fondo, la inexistencia de mecanismos de solidaridad racial privó al medio negro de la lealtad y la colaboración altruista de las pocas *élites* surgidas de sus cuadros humanos. En un plano más general, sin embargo, ello significó que la contribución que los movimientos sociales podrían dar a la modernización del sistema tradicional de relaciones raciales se vio comprometida y neutralizada. La adapta-

ción de tal sistema a la situación histórico-social imperante en la ciudad depende, ahora, y si no surgen alteraciones, de los efectos lentos e indirectos de la absorción gradual del negro y del mulato por el orden social vigente.

En la cuarta constelación, debemos considerar cómo la expansión del orden social competitivo repercutió, en poco tiempo, en la graduación de las oportunidades económicas conferidas a los negros y mulatos. En el periodo inmediatamente posterior a la Abolición, las oportunidades fueron monopolizadas por los blancos de las antiguas clases dominantes y por los inmigrantes. Un levantamiento estadístico, realizado en la ciudad en 1893, indica de modo muy claro esa tendencia. Así, de 170 capitalistas, 137 eran nacionales (80.5%) y 33 extranjeros (19.4%). De 740 propietarios, 509 eran nacionales (69%) y 231 extranjeros (31%). En ciertas profesiones conspicuas, tradicionalmente controladas por las *élites* locales, el extranjero sólo apareció esporádicamente. Esto acontecía, por ejemplo, en la magistratura y en la abogacía. En cambio, en otras profesiones, más ligadas al progreso técnico, los extranjeros se encontraban en grandes proporciones. Es lo que se puede deducir, por ejemplo, en profesiones tales como la de ingeniero, arquitecto, agrónomo, profesor, etcétera. Entre el llamado "personal industrial", el inmigrante aparecía prácticamente como agente privilegiado. Exceptuando las ocupaciones agrícolas, en las cuales el elemento nacional predominaba (ya que contribuía con 1,673 o sea el 68%, contra 783 extranjeros, o sea el 32%), en las demás áreas, urbanización equivalía, de hecho, a europeización. He aquí los ejemplos más relevantes: servicios domésticos, 5,878 nacionales (41.6%) por 8,226 extranjeros (58.3%); actividades manufactureras, 774 nacionales (21%) por 2,893 extranjeros (79%); trabajos de artesanía y artífices, 1,481 nacionales (14.4%) por 8,760 extranjeros (85.5%); actividades de transporte y conexos, 1,998 nacionales (18.9%) por 8,527 extranjeros (81%); actividades comerciales, 2,680 nacionales (28.3%) por 6,776 extranjeros (71.6%).

Si se tienen en cuenta tales actividades, un promedio de 71.2% de las ocupaciones estaban bajo control de los extranjeros. Como se sabe —por otras informaciones diversas— que la participación del negro en ese cuadro ocupacional era mínima sobre todo en los trabajos calificados y semicalificados, se tiene así una información indirecta muy significativa. El desarrollo económico posterior de las ciudades corrigió esa situación, aunque de manera casi insignificante. De hecho, sólo después de 1935, con la intensificación de las migraciones internas, la "demanda de brazos" aumentó con-

siderablemente las oportunidades ocupacionales de la población negra y mulata. La modificación fue, con todo, más cuantitativa que cualitativa. Un mayor número de personas de esa población pasó a tener ciertas facilidades en la obtención de fuentes estables de trabajo; sin embargo, esto ocurrió principalmente en la esfera de los servicios menos calificados y mal pagados. Una estadística que realizamos en 1951 revela que el negro está encontrando, en nuestros días, el punto de partida del que debía haber disfrutado en el periodo de su ruptura con el régimen servil, si no hubiese tropezado con la barrera de la competencia con el inmigrante. En el ejemplo estudiado, escogido al azar entre hombres y mujeres, descubrimos que el 29% de los negros y mulatos se dedicaban a las ocupaciones artesanales y el 21% de ellos trabajaban en servicios domésticos. En cuanto a otras actividades, las siguientes indicaciones pueden dar una idea clara de la situación: en servicios públicos, como bedeles, sirvientes y burócratas, predominantemente, 9%; en la industria, una buena parte como encargados de servicios poco calificados, 8%; en oficinas, pocos como mecanógrafos, secretarios o contadores, 7%; en el comercio, apenas algunos como dependientes o jefes de sección, 4%; etcétera. En suma, el cuadro se alteró, pero muy poco. El negro todavía se encuentra en una posición muy desventajosa dentro de la pirámide ocupacional y tiene pocas posibilidades de corregir esa situación en un futuro próximo. Además, a ese respecto, los datos del censo de 1940 también deberán ser tomados en cuenta. Reuniendo sólo los datos más significativos, podríamos elaborar el siguiente cuadro:

No obstante el carácter pesimista de las conclusiones que resultaban de tales datos, en conjunto, las alteraciones observadas son de gran significación. La adquisición de fuentes estables de trabajo, no importa en qué condiciones, ofreció al negro y al mulato medios de integración en la estructura ocupacional y, en consecuencia, una situación favorable para la absorción gradual de las técnicas sociales anteriormente monopolizadas por el blanco. Por otra parte, conquistaron simultáneamente una posición para la clasificación ocupacional y la competencia con el blanco, lo que abre algunos canales de movilidad social vertical para la población negra y mestiza. No sólo los negros y los mulatos pueden “pertenecer al sistema”; sino que, también, pueden “luchar para subir”, o sea para “mejorar su posición dentro del sistema” Por escasas y débiles que sean, las *élites de color* o las “clases medias de color” aparecen como una realidad nueva, y tendrán oportunidades de aumentar, si se mantienen las actuales condiciones socio-económicas.

DISTRIBUCIÓN DE HOMBRES Y MUJERES DE 19 AÑOS O MÁS SEGÚN SU POSICIÓN EN ALGUNAS OCUPACIONES — MUNICIPIO DE SÃO PAULO (CENSO DE 1940)

<i>Posición Ocupacional</i>	<i>Blancos</i>	<i>Negros</i>	<i>Mulatos</i>	<i>Amarillos</i>	<i>Totales</i>
Empresarios	15,261 97.04%	51 0.32%	72 0.45%	342 2.17%	15,726 100.0%
Empleados	323,997 91.95%	15,114 4.28%	10,925 3.10%	2,317 0.65%	352,353 100.0%
Autónomos	74,448 93.44%	2,051 2.57%	1,595 2%	1,577 1.98%	79,671 100.0%
Miembros de familia	4,644 86.88%	80 1.50%	56 1.04%	565 10.57%	5,345 100.0%
Posición ignorada	4,393 85.83%	356 6.96%	325 6.35%	44 0.86%	5,118 100.0%
Participación dentro de la Pobl. Total	1.203,111 90.72%	63,546 4.79%	45,136 3.40%	14,074 1.06%	1.326,261* 100.0%

* Se incluyen individuos de color no declarado

Las cuatro constelaciones de factores actúan en la misma dirección y producen efectos socio-dinámicos de la misma naturaleza. Mantienen la desigualdad racial en niveles y según un padrón socio-cultural extraño al orden social competitivo y a una sociedad multirracial democrática. Como si el pasado se repitiese continuamente en el presente, una concentración racial del ingreso, del prestigio social y del poder engendra un esquema social que nada o muy poco tiene de competitivo, de igualitario y de democrático, en sus líneas raciales. Los blancos disfrutan de una hegemonía completa y total, como si el orden social vigente fuese, literalmente, una combinación híbrida del régimen de castas y del régimen de clases. Respecto a la integración del blanco al sistema de relaciones sociales, sólo el último régimen tiene vigencia plena. Sin embargo, cuando se trata del negro o del mulato, los dos regímenes se combinan, de forma que las influencias arcaicas operan libremente, revitalizando de modo extenso y profundo un orden racial que debería ser ya una reliquia histórica.

2. PREJUICIOS Y DISCRIMINACIÓN EN LAS RELACIONES RACIALES

Este trasfondo puede pasar por un “fenómeno natural” Ocorre, sin embargo, que favorece la perpetuación y, sobre todo, en ciertos

aspectos, la revitalización de un padrón tradicionalista y asimétrico de relaciones raciales. Ese padrón se mantiene, por decirlo así, intacto, aproximadamente desde 1930, o sea, ¡medio siglo después de la Abolición! E, incluso hoy, no se podría decir que haya entrado en una crisis definitiva o que esté en vías de superación. Se conserva parcialmente, pero encuentra refuerzos continuos en la extrema desigualdad de la situación económica y en el destino social de los dos grupos raciales” contendientes. La alternativa de la desaparición total de este padrón de relaciones sociales, sólo tendrá realidad histórica a partir del momento en que la población negra y mestiza de la ciudad consiga, en conjunto, situaciones de clase equivalentes a las que disfruta la población blanca. Lo que equivale a admitir que eso sucederá cuando el orden social competitivo sea despojado de las inconsistencias económicas, sociales y culturales observadas en torno a las tendencias de concentración racial del ingreso, del prestigio social y del poder.

En términos generales, el meollo del “dilema racial brasileño” —tal como puede ser caracterizado sociológicamente, a través de una situación histórico-social de contacto como la que predomina en la ciudad de São Paulo—, reside más en el desequilibrio existente entre la estratificación racial y el orden social vigente, que en influencias etnocéntricas específicas e inevitables. Sin embargo, el padrón de relación racial tradicionalista contenía influencias socio-dinámicas etnocéntricas. Y éstas no han desaparecido: siguen siendo fuertes y vigentes gracias al esquema social que conserva una concentración racial del ingreso, del prestigio social y del poder, más representativo de una “sociedad de castas” que de una “sociedad de clases”

Para los fines de esta exposición, bastaría considerar algunos aspectos cruciales de esa compleja situación. Los prejuicios y la discriminación surgieron en la sociedad brasileña como una contingencia inevitable de la esclavitud. Los misioneros católicos proscribían la esclavitud del hombre por el hombre. Además, imponían al señor, como obligación fundamental, el deber de elevar su fe y salvar al esclavo, lo que los igualaría ante Dios. Para evadirse de tales obligaciones o hacerlas inocuas, apelaron a un proceso aberrante de racionalización socio-cultural, que convirtió la propia esclavitud en una relación aparentemente pía y misericordiosa. El esclavo era un *bruto*, un ser entre las fronteras del paganismo y el salvajismo, cuya existencia y supervivencia resultaban de una responsabilidad asumida generosamente por el señor. Por consiguiente, a la condición de esclavo le sería inherente una degradación total,

que afectaría por completo su naturaleza biológica y psicológica. Como criatura “subhumana”, aparecía como “inferior” y “subordinado”, imponiéndose la condición social de señor como un don material y moral. Tales raciocinios, penosamente requeridos por los misioneros religiosos, eran ampliamente apoyados por instituciones tomadas del derecho romano, en las que se excluía al esclavo de la condición de persona y que conferían al señor un poder casi ilimitado. En esa conexión de sentido, el prejuicio contra el negro y su descendiente mestizo (pues la condición de cosa se transmitía por la madre: *partus sequitur ventrem*), se configuraba, socialmente como una entidad moral. Las marcas raciales poseían, en ese contexto, un papel secundario o *adjetivo*, ya que apenas servían para indicar ostensiblemente, como si fuesen un yugo, a los portadores de la condición degradante e infamante de esclavo y, más tarde, de liberto. En el fondo, el prejuicio, que se tornaba racial por una contingencia del origen biológico de los esclavos, llenaba una función racionalizadora. Cabía legitimar lo que era socialmente ilegítimo. Gracias a él, el señor podía lidiar libremente con los misioneros de su cultura y justificarse moralmente, ante su conciencia religiosa y con el consenso general.

La discriminación, por su parte, surgía y se hacía objetiva socialmente, como requisito institucional de la relación señor-esclavo y del orden social correspondiente. Como el fundamento de la distinción entre el señor y el esclavo procedía de su condición social (y, por lo tanto, de su posición recíproca), la discriminación se realizó, en primer lugar, como un recurso para distanciar socialmente categorías raciales coexistentes, y como un medio para ritualizar las relaciones o la convivencia entre el señor y el esclavo. Palabras, gestos, vestido, alojamiento, alimentación, ocupaciones, descanso, acciones, aspiraciones, derechos y deberes, todo caía dentro del ámbito de ese proceso, que proyectó la convivencia y la coexistencia a una separación extrema, rígida e irremediable de dos categorías sociales que eran, al mismo tiempo, dos grupos raciales. Además, los esclavos formaban la masa de la población, una mayoría potencialmente peligrosa que, en caso de explotar, resultaría incontrolable. Por tanto, se les consideraba como “enemigos del orden”, tanto público como privado. A fin de mantenerlos bajo el yugo del señor y en la condición de esclavos, instauraron la violencia como el medio normal de represión, de disciplina y de control. En ese amplio contexto, no sólo las dimensiones humanas del esclavo como “persona” fueron ignoradas sino que se afirmó como hábito inflexible, el colocarlo y mantenerlo en su lugar, el de forzarlo

violenta o blandamente a la obediencia y a la pasividad. En suma, se diferenciaron dos mundos sociales distintos y opuestos, entre dos grupos raciales que participaban de culturas diferentes y poseían destinos sociales antagónicos. Estos aspectos deben ser explicados claramente si se quiere comprender la situación de contacto racial imperante en el Brasil. Las fuentes de distinción y de separación no eran primordialmente raciales. Pero se convertían en tales, en la medida en que detrás del *señor* estaba el “blanco” y, detrás del *esclavo*, se ocultaba el “negro” o el “mestizo”.

Es importantísimo mencionar estos hechos. Por un lado, porque aclaran los orígenes sociales remotos de los prejuicios y de la discriminación racial en Brasil; por otro, porque delimitan las funciones sociales que el prejuicio y la discriminación raciales tenían en la sociedad brasileña del pasado. Uno servía para legitimar el comportamiento y las instituciones moralmente proscritos; otro, para regular la convivencia interracial, sometiendo todas sus manifestaciones, incluso las más íntimas, a un código ético verdaderamente inflexible de preservación de la distancia económica, social y cultural existente entre el señor y el esclavo. Lo anterior sugiere que, desde sus orígenes más remotos, el prejuicio y la discriminación poseen dos facetas: Una, evidente, es estructural y dinámicamente social. El señor y el esclavo se relacionan y se oponen como categorías sociales. Tanto el prejuicio como la discriminación se vinculan, fundamentalmente, con la estructura y el funcionamiento de una sociedad de castas en la cual la estratificación racial respondía a los principios de integración económica y socio-cultural de la organización social. Otra, menos aparente, es de origen racial. Los señores eran de extracción blanca y, en nombre de sus intereses y valores sociales, ejercían una dominación social que era, al mismo tiempo, una dominación racial. Lo mismo ocurría con los esclavos, seleccionados del grupo racial negro o entre los mestizos, sin intereses sociales autónomos y sujetos a una dominación social que era, al mismo tiempo, una dominación racial.

La estratificación social presuponía una estratificación racial y al mismo tiempo la ocultaba. Como una era inherente a la otra, puede admitirse la existencia de un paralelismo fundamental entre “color” y “posición social”. En el límite histórico extremo, fortalecido por el orden social esclavista y señorial, los principios raciales se diluían y desaparecían tras los principios sociales de integración del orden social. Sin embargo, un análisis más detenido puede hacer desaparecer esa apariencia, haciendo evidentes las dos facetas de correspondencia entre “estructura social” y “estructura racial”

de la sociedad. Por otra parte, en otros exámenes, ese paralelismo deja de ser tan completo, y las cosas se hacen evidentes por sí mismas. La importancia de la ciudad de São Paulo, como caso crucial para el estudio del tema, consiste en que permite observar las varias polarizaciones sucesivas de ese paralelismo, desde la disgregación final del *antiguo régimen* y la formación de la sociedad de clases.

Haciendo caso omiso de la era de la esclavitud, que no nos interesa de inmediato en esta exposición, se nos presentan tres problemas fundamentales. El primero, se refiere a la fase de transición, en la que el padrón tradicionalista y asimétrico de relación racial subsiste inalterado. El segundo, se refiere a lo que sucede cuando la ascensión social del negro provoca alguna especie de ruptura en el paralelismo entre "color" y "posición social". El tercero, se relaciona con la existencia de probabilidades de incorporación del referido paralelismo al régimen de clases sociales, lo que redundaría en la absorción de la desigualdad racial por el orden social competitivo en expansión.

El primer problema puede ilustrarse con lo que ocurrió en São Paulo entre 1888, fecha de la Abolición, y 1930, aproximadamente. En las condiciones ya mencionadas, o sea, en las de exclusión casi completa de la vida económica activa, de desorganización social y de apatía, la población negra y mestiza permaneció prácticamente en un *status* equivalente al del liberto en el orden social esclavista y señorial. El patrón tradicionalista y asimétrico de relación racial fue transferido, casi en su totalidad, a la nueva situación histórico-social, como si la alteración del estatuto jurídico del negro y del mulato no se reflejase en sus prerrogativas sociales. Por su parte, éstos, se acomodaban pasivamente a la actitud y el comportamiento de prejuicios o de discriminación del blanco, llegando incluso a desorientarse cuando éste se comportaba de forma diferente (digamos: "igualitaria" o "democrática"). Al mismo tiempo, los blancos, principalmente los de las capas altas o los que estaban en ascensión social, difícilmente toleraban otro tipo de reacción por parte del negro y del mulato. Revelaban una notable incomprensión y una extrema intransigencia ante aquéllos que se "salían de la línea", pretendiendo tratar a los blancos como si "fuesen gente de su laya". Por lo tanto, no era sólo el patrón tradicionalista de relación racial el que se mantenía en vigor. Toda la estructura social que lo soportaba, la ideología racial que le daba sentido y las funciones sociales que llenaba, se preservaban con plena vitalidad en el plano de los ajustes raciales.

Estos hechos son realmente significativos desde el punto de vista

sociológico. Indican dos cosas esenciales. Primero, que las innovaciones que afectan al patrón de integración del orden social no por ello repercuten, de modo directo, inmediato y profundo, en la ordenación de las relaciones raciales. Allí donde persiste el mundo tradicionalista brasileño, es inevitable que sobreviva, de manera más o menos fuerte, el paralelismo entre “color” y “posición social”, aunque los seres humanos involucrados nieguen esa realidad. Segundo, el prejuicio y la discriminación raciales no surgen como subproductos históricos de la alteración legal del *status* social del negro y del mulato; por el contrario, la persistencia de ambos constituye un fenómeno de atraso cultural: las actitudes, el comportamiento y los valores del régimen social anterior son transferidos y mantenidos, en la esfera de las relaciones raciales, en situaciones histórico-sociales en las que entran en choque abierto con los fundamentos económicos, jurídicos y morales del orden social vigente. Es preciso señalar, en este momento, que las manifestaciones de prejuicio y de discriminación raciales nada tienen que ver con las amenazas creadas por la competencia del negro con el blanco ni tampoco con la gravedad real o potencial de las tensiones raciales. Son expresiones puras y simples de los mecanismos que mantienen, literalmente, el pasado en el presente, conservando la desigualdad racial tal como imperaba en el régimen de castas. Esto significa, naturalmente, que allí donde el tradicionalismo se conserva incólume, en la esfera de las relaciones raciales —por más que trate de negarse—, sobrevive tácitamente el paralelismo entre “color” y “posición social”.

El segundo problema merece mayor atención. En ciertas circunstancias, el negro y el mulato podían escapar del orden social esclavista y señorial, pero a condición de que se incorporasen al núcleo legal de la familia blanca o que fuesen aceptados dentro de ella como sus paniaguados, protegidos, etcétera. En este caso, el individuo perdía, parcialmente, su identidad racial, y adquiriría, también parcialmente, la identidad social de la familia a la que pasaba a deber su lealtad. No se puede afirmar, como muchos lo hacen, que semejante alternativa llevase consigo una disminución completa y definitiva del “color” a cambio de la “posición social”. Según parece, se ampliaba, algunas veces considerablemente, el ámbito de aceptación y de actuación sociales de la “persona de color” en el medio blanco. Sin embargo, el individuo necesitaba saber guardar las distancias, poniéndose “en su lugar” cuando fuese necesario y desarrollando una verdadera política de seducción sistemática de los ánimos de aquellos blancos ante los cuales debía transigir incondi-

cionalmente. Así surge un tipo de ascenso social, que podría llamarse “infiltración social” propiamente dicha. A través de ella, se abría una válvula de movilidad social vertical, la que, al premiar al “mulato de talento” o al “negro notable”, producía una continua e inexorable acefalía en el seno de la “población de color”. Tal mecanismo, no obstante, además de abarcar un número reducido de personalidades, en nada contribuía para alterar la situación racial o para modificar la imagen del negro hecha por el blanco. Los personajes, a quienes se seleccionaba por sus dotes singulares eran manejados como la “excepción que confirma la regla”. Lo que ellos hiciesen de excepcional, no beneficiaba a su “raza”; era considerado como algo que traía la influencia o la herencia psicobiológica y social del blanco. Se decía, con respecto a ellos: “negro de alma blanca”, “negro sólo por fuera”, “es blanco por dentro”, “no parece negro”, etcétera. Simultáneamente, si fallaban ante alguna esperanza, se decía: “en seguida se ve, el negro cuando no ensucia la entrada, ensucia la salida”, “no se podía esperar otra cosa de un negro”, “tenía que ser negro”, etcétera. Ahora, la aparición de oportunidades estables de empleo y de renta, así como de ciertas posibilidades de ascensión social, abiertas por el orden social competitivo (especialmente en los últimos veinte años), hicieron que una gran parte de las llamadas “élites de color” o “clases medias de color” se clasificasen socialmente sin el lastre del paternalismo del blanco y con relativa independencia de esa forma espuria de movilidad social vertical.

Ante ese *nuevo negro*, el blanco se ve en una posición confusa y ambivalente. El “nuevo negro” ya es, en sí mismo, un tipo humano relativamente complicado: posee una mentalidad secular y urbanizada; no teme la libre competencia con el blanco, y, sobre todo, pretende “vencer en la vida” a cualquier costo. Rompe las cadenas materiales o morales que lo ligan con su “lugar de origen”; se niega a convivir con los “negros pobres”, a respetar la rústica solidaridad, que convierte al “negro rico” en una víctima indefensa de sus amigos o parientes “necesitados”, y a mantener un nivel de vida modesto. Rehúye al “negro desheredado” que sería un factor de eterna degradación del negro por el blanco; y combate los movimientos sociales de origen racial, aduciendo que el “problema no es ese” y que éstos pueden ser contraproducentes, al despertar ilusiones entre los propios negros y al fomentar la animosidad del blanco. Absorbe y exagera la mentalidad del blanco, que toma como modelo de sus obras, y pone en práctica un puritanismo ingenuo, más duro, que lo eximiría de cualquier crítica y lo purificaría

de cualquier causa extra-personal de degradación moral. Cultiva la delicadeza y la afabilidad, como una técnica para suavizar su actitud autoafirmativa, pero, también, como expresión de su modo de ser, de pensar y de medir la grandeza humana. Por último, es intransigente ante los blancos que pretenden congelarlo, aplicándole el patrón tradicionalista de relación social, pues cualquier ligereza en esa esfera redundaría en una pérdida de los provechos esperados —o sea, la conquista del “lugar que se merecen” Visto en conjunto, se presenta como el personaje principal de la modernización de las relaciones raciales en la ciudad, pues hace objetiva una forma activa y constante de repudio a las manifestaciones tradicionales de prejuicio y discriminación raciales.

A través de este tipo humano, se hacen evidentes tres datos esenciales. Primero, en el momento en que el negro rompe con los estereotipos y con las conveniencias disimuladas, imponiéndose socialmente por sus méritos personales, por su riqueza y por su prestigio, se rompe inevitablemente una de las polarizaciones que permitía disfrazar el paralelismo entre “color” y “posición social” Entonces, las líneas de resistencia al color se manifiestan con relativa claridad. El prejuicio y la discriminación raciales emergen sin máscara. No sólo algunas de las restricciones que parecían confusamente asociadas a la posición social necesitan ser expuestas en términos de color. En situaciones competitivas el blanco termina teniendo que apelar —además— de modo más o menos abierto, a actitudes que se oponen a la tradición de decoro y que obligan a recurrir al etnocentrismo como recurso de autodefensa. Segundo, lo contrario también se hace evidente con nitidez, aunque en forma aparentemente menos extensa e intensa. Los blancos con propensión a la tolerancia y a la igualdad procuran amparar a ese “nuevo negro”, protegiéndolo de los efectos de la presión indirecta, y estimulándolo a proseguir en sus ambiciones. A pesar de cierto grado variable de ambivalencia de actitudes y una conciencia deformada de la realidad racial, tales blancos hostilizan el fariseísmo del prejuicio y la discriminación raciales disimulados, al mismo tiempo que procuran, a veces sin conseguirlo, “dar la mano al negro que la merece”. Por eso, como producto surgido del ascenso del “nuevo negro” y por el impacto de su personalidad o de su éxito, algunos círculos de población blanca se involucran también de manera profunda en la modernización de los patrones vigentes de relaciones raciales. Tercero, el medio negro propiamente dicho no reacciona uniformemente al éxito del “nuevo negro” Amigos y parientes del mismo nivel social pueden estar entusiasmados y ofrecer una base emocional y moral, que sirve

como una especie de caja de resonancia y de fuente de estímulo a las personas referidas; sin embargo, dentro del propio nivel social surgen comentarios más o menos malévolos, que minimizan o ridiculizan las pretensiones y las realizaciones de héroe. En los demás círculos de sus relaciones dentro del medio negro, sobre todo en las de un nivel social inferior al adquirido por ellos, la reacción dominante es una mezcla de resentimiento y satisfacción. El éxito acaba llevándolos a la ascensión social y ésta se convierte en ruptura. Por eso, los antiguos amigos y parientes esperan ansiosos; impulsados por una extraña reacción amorosa, condenan a aquellos a quienes aman. Sin embargo, por encima de las relaciones de carácter personal, el éxito es enfatizado con entusiasmo. Prevalece la idea de que aquello que un negro puede hacer, otro también puede hacerlo. Se forma así, un folklore del negro en ascenso, que sirve de estímulo a los que suspiran a idénticos objetivos. Los propios héroes de ese folklore, sin embargo, se separan de su “antiguo ambiente”, aislándose de su medio de origen y procurando construir, laboriosamente, el prestigio de “negro recto”, de “posición social”, y de que “es persona”. Esta reacción, más o menos típica, conduce a un divorcio entre los miembros relevantes del medio negro y las “grandes masas de color”, obligándolo a ignorar la importancia vital de los movimientos que podrían acelerar la democratización de las relaciones raciales.

El tercer problema nos coloca ante un enigma. Es imposible prever lo que sucederá en un futuro remoto, en materia de relaciones raciales. Parece probable que las tendencias dominantes lleven, a largo plazo, a la implantación de una auténtica democracia racial. Por ahora, sin embargo, ciertos hechos repetidos hacen temer el fracaso de esas tendencias. Por lo que hemos visto, el factor verdaderamente profundo, que produjo algunas alteraciones significativas en el contexto histórico social de las relaciones raciales, fue el desarrollo socio-económico espontáneo. Ahora bien, éste fue a todas luces insuficiente, hasta hoy, para promover el reajuste del orden racial heredado a los requisitos de la sociedad de clases. Hasta tal punto es esto cierto, que en muchos círculos sociales y, simultáneamente, en los diversos grupos étnicos o nacionales que lo componen, existe una clara propensión a dar acogida y a poner en práctica viejos procedimientos de prejuicios y discriminación. Hay quien tiene miedo de perder prestigio social “aceptando al negro”; hay también quienes sólo aceptan al negro en la órbita de lo convencional, apartándose de él en el campo de la verdadera amistad y de la comunión afectiva; hay, por último, quienes sustentan, a

toda costa, ciertas representaciones arcaicas y repudian cualquier posibilidad de incluir al negro en puestos que involucren el ejercicio de mando y de dominio. Si se hace caso omiso de la cuestión del matrimonio mixto, que tropieza con resistencias y consideraciones que por ahora no tienen solución, datos como éstos demuestran el tipo de riesgo que flota en el ambiente. La concentración racial del ingreso, del prestigio social y del poder, las tendencias muy débiles de corrección de los efectos negativos que ésta provoca inexorablemente, y las propensiones etnocéntricas y discriminatorias, podrán facilitar la absorción gradual del paralelismo entre “color” y “posición social” por el régimen de clases. Parece indudable que esa amenaza existe o, lo que es peor, que constituye una realidad que sólo puede ser combatida en forma consciente y organizada. Por otra parte, no parece que, de mantenerse las condiciones actuales, tal tipo de reacción social encuentre viabilidad histórica. Para los grupos blancos de la sociedad, lo que importa, vitalmente, no es el destino de la democracia racial, sino la continuidad y el ritmo de expansión del orden social competitivo. Asimismo, el problema de la democracia al nivel político no es un dilema para esos círculos humanos. Los segmentos negros y mulatos de la sociedad, por su parte, no poseen elementos para desencadenar y generalizar el estado de ánimo exigido para una defensa consciente, sistemática y organizada de la democracia racial: los sectores pobres, por su absoluta falta de medios apropiados; las llamadas “élites de color”, porque no perciben, o porque si lo hacen no encuentran ventajoso el comprometerse ante semejantes objetivos, que afectan más el futuro de la comunidad que el propio presente. Por consiguiente, la democracia racial fija su propio destino, sin tener campeones que la defiendan como un valor absoluto. Si la formación y el desarrollo espontáneo de las clases sociales comprometiera la desigualdad racial inherente al orden social competitivo, estaría fatalmente condenada. Seguiría siendo un bello cuento, como lo es actualmente.

Las consideraciones expuestas apuntan sólo algunos aspectos de las manifestaciones y de los efectos del prejuicio y la discriminación en las relaciones raciales. Sin embargo, esos aspectos son suficientes para afirmar lo que pretendíamos: cómo y por qué el orden social competitivo no absorbió y eliminó, rápida y definitivamente, el patrón de relación racial heredado del pasado señorial y la esclavitud. Es que los hombres y las sociedades que ellos forman no siempre se modernizan por entero. A veces elementos y factores arcaicos, continúan existiendo y operando más allá de su propia era histórica, ejerciendo influencias negativas en la evolución de la

personalidad, la cultura y la propia sociedad. Ese parece ser el caso de São Paulo, a pesar de ser la ciudad más moderna y desarrollada del Brasil. En la esfera de las relaciones raciales, se encuentra muy comprometida con el pasado, indecisa y sumergida en un periodo de transición que se prolonga indefinidamente, como si los negros debiesen aguardar, para igualarse a los blancos, el advenimiento espontáneo de una *Segunda Abolición*.*

3. CONCLUSIONES

Los resultados del presente análisis son obvios. Nos muestran, por una parte, que existe un *dilema racial brasileño* y que éste posee un carácter estructural. Para afrontarlo y corregirlo, sería preciso cambiar la estructura de distribución del ingreso, del prestigio social y del poder, estableciendo un mínimo de equidad económica, social y cultural, entre “blancos”, “negros” y “mulatos”. También *revelan*, por otra parte, *que la aparición y el desarrollo de un orden social competitivo no constituyen, por sí mismos, garantía alguna de democratización homogénea* del ingreso, del prestigio social y del poder. Las oportunidades que los dos procesos históricos sociales crean son aprovechadas en forma desigual por las diversas categorías sociales y raciales presentes. La experiencia histórica analizada comprueba que las categorías sociales mejor localizadas en la estructura económica, social y de poder, tienden a monopolizar las ventajas reales y a capitalizar los provechos verdaderamente compensadores del cambio social. En consecuencia, la democratización inherente a los dos procesos contiene dos fases: una de ellas, hace patente que las grandes masas tienen acceso a ciertos beneficios generales que *mejoran* su participación en el nivel medio de ingreso, en el patrón de vida o en el uso del poder político; la otra, hace patente que pequeños grupos se incluyen más o menos privilegiadamente en este proceso, manteniendo o alcanzando niveles de participación en el ingreso, en el patrón de vida o en el uso del poder político, que sobrepasan las proporciones medias. En ese sentido, en las fases de formación y de expansión inicial del orden social competitivo, surgen tendencias muy fuertes que agravan las desigualdades económicas, sociales y políticas, en términos de *clase*, de *raza* o de *región*. La persistencia o la eliminación gradual de estas desigualdades pasan a depender del modo por el cual las demás categorías sociales reaccionen, colectivamente, ante las deformaciones que así se intro-

* Expresión tomada de las manifestaciones de intelectuales negros racialmente inconformistas.

ducen en el patrón de integración, de funcionamiento y de evolución del orden social competitivo.

Estos aspectos de la realidad sugieren, querámoslo o no, un cuadro realmente complejo, en el que se observan dos problemas centrales.

El primero, se refiere a los tipos de hombres que “hacen la historia”. ¿De qué grupos sociales surgen, qué representan en términos de interés económico, social o político y de identidad ideológica, nacional o racial? En el caso que nos ocupa, tales hombres proceden de categorías sociales muy diversas, representantes de las antiguas *élites* o de sus descendientes, de los inmigrantes o su descendientes, elementos seleccionados en grupos nacionales migrantes, etc. Todos tienen en común el ansia de enriquecimiento, de conquista del éxito y de ejercicio del poder. Para ellos, los valores ideales del orden social competitivo no poseen ningún encanto. Se limitan a manipularlo como un medio para alcanzar sus fines en forma racional, rápida y segura. Por lo tanto, ellos “harán historia”, a base de ignorar a la colectividad y sus problemas humanos. Excluyeron la equidad de su horizonte cultural y, con ello, no tienen perspectiva para aquilatar el drama humano del negro (u otros dramas igualmente importantes y dignos de “acción histórica”). Desde este ángulo, puede verificarse no sólo que el negro dejó de contar dentro del proceso histórico, como si fuese eliminado de la vida social común, sino que se descubre algo peor: la democracia, que proporciona al mismo tiempo el soporte jurídico-político del orden social competitivo y su única fuente de control moral, dejó de inspirar a aquellos que “hacían historia”.

El segundo problema se refiere a la modernización (y, en particular, a sus repercusiones en el plano de los movimientos raciales). Es difícil que la modernización pueda alcanzar proporciones equilibradas, igualmente extensas y profundas en todos los niveles de la vida social organizada. Acompañan al poder relativo y a la vitalidad de los grupos interesados en determinados movimientos socio-culturales, y progresa en función de la capacidad que puede concretizar históricamente. Por ello, si la ciudad de São Paulo conoció una rápida transformación de su fisonomía urbana y de su organización económica, quedó en cambio sujeta al pasado en otras esferas de las relaciones humanas o del desarrollo institucional. Las relaciones raciales quedaron incluidas en este último sector, presentando un índice de estancamiento sorprendente y peligroso. Para que semejante situación se altere, es preciso que ocurra lo mismo que sucedió en otras esferas de la vida social que se modernizaron rápidamente: los grupos humanos directamente afectados (o interesados)

deben tomar conciencia social de esa situación e intentar modificarla en forma organizada. Esto significa, en otras palabras, que es del propio negro de quien deberá partir la respuesta inicial al desafío impuesto por el dilema racial brasileño. Necesita movilizarse para defender propósitos inmediatos: una participación más equitativa en los beneficios del orden social competitivo; y para avizorar propósitos remotos: la implantación de una auténtica democracia racial en la comunidad. Al actuar socialmente en esa dirección, podrá despertar a los blancos, de diferentes niveles sociales, para el logro de una causa de la cual depende, de manera notable, el funcionamiento y el desarrollo equilibrado del orden social competitivo.

Para comprender mejor esta perspectiva, hay que tomar en cuenta que la modernización de las relaciones raciales depende del grado de racionalidad y de capacidad de actuación social de ciertos grupos humanos. Entorpecido por la ideología racial elaborada por los blancos y seducido por el afán de "pertenecer al sistema" (esto es, de identificarse, en lo posible, al propio blanco), el negro permanece históricamente neutro, negándose como factor humano de movimientos socioculturales que tienen que gravitar, fatalmente, en torno a sus insatisfacciones y aspiraciones histórico-sociales. Así, el negro aparece como la víctima principal de una cadena invisible, resultante de la persistencia del pasado. Es incapaz de intervenir socialmente, de manera positiva, en las exigencias del presente, y deja de afirmarse, en la medida de lo posible, en la defensa y en la construcción de su futuro humano.

Referencias bibliográficas

El lector interesado encontrará en las dos obras siguientes, la fundamentación empírica e interpretativa para las consideraciones sociológicas expresadas en este trabajo, así como referencias bibliográficas sobre el tema: Roger Bastide y Florestán Fernandes, *Branços e Negros em São Paulo* (2ª Edición, São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1959; 1ª edición, 1955); Florestán Fernandes, *A Integração do Negro A Sociedade de Classes* (São Paulo, Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da Universidade de São Paulo, 1964).